

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XV



C. S. I. C.
1978
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO
DE
ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XV



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1978

S U M A R I O

Páginas

EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Actividades del Instituto de Estudios Madrileños durante el año 1977, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	9
Apuntes para una futura bibliografía del Instituto (Continuación), por <i>M. P. J.</i> ...	15

ESTUDIOS

Las cacerías en la provincia de Madrid en el siglo XIV según el «Libro de la Montería» de Alfonso XI, por <i>Gregorio de Andrés</i>	27
Contribución a la obra de Juan Gómez de Mora, por <i>Virginia Tovar Martín</i>	59
El Colegio de Niños Desamparados de Madrid, por <i>María del Carmen Simón Palmer</i> .	73
El arte del Paular en los documentos del Archivo Histórico Nacional (Continuación), por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	85
El convento del Carmen de Madrid (Parte II), por <i>Balbino Velasco, O. Carm.</i>	123
En el tercer centenario de la muerte del platero real Luis de Zabalza, por <i>José Manuel Cruz Valdovinos y Alicia Montuenga Barreira</i>	147
La capilla de la Inmaculada Concepción en la iglesia parroquial de Navalcarnero, por <i>M.ª Pilar Corella Suárez</i>	163
Una embajada rusa en la Corte de Carlos II, por <i>Antonio Domínguez Ortiz</i>	171
Las pinturas del cuarto de la Reina María Luisa Gabriela de Saboya en el Alcázar de Madrid. 1703, por <i>Juan J. Luna</i>	187
La iglesia de San Antón y el convento de los Padres Escolapios, de la calle de Hortaleza, por <i>Fernando de Olaguer-Feliú y Alonso</i>	207
La real orden de Carlos III «sobre edificar en yermos y levantar casas bajas» y la construcción en Madrid en la segunda mitad del siglo XVIII, por <i>María de los Santos García Felguera</i>	241
Los Miranda, pintores madrileños del siglo XVIII, por <i>Teresa Jiménez Priego</i>	255
Notas geográfico-históricas de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el en el siglo XVIII, por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	279

	<u>Páginas</u>
Absolutismo y clases sociales: los voluntarios realistas de Madrid (1823-1833), por <i>Juan Sisinio Pérez Garzón</i>	295
El comercio y la pequeña industria de Madrid en la obra de don Benito Pérez Galdós, por <i>Federico Carlos Sainz de Robles</i>	311
Ciudad y acción municipal: la política de vivienda del Ayuntamiento de Madrid (1868-1978), por <i>Manuel Valenzuela Rubio</i>	327
La juventud madrileña y el partido republicano. La polémica de la edad electoral y su reflejo en las elecciones de 1873, por <i>Angel Bahamonde Magro y Julián Toro Mérida</i>	363
El Ateneo de Madrid, círculo de convivencia intelectual (1885-1913), por <i>Francisco Villacorta Baños</i>	381
La familia de Rosales, por <i>Enrique Pardo Canalís</i>	421
La enseñanza en la provincia de Madrid, por <i>Antonio Aparisi</i>	433
El Instituto de San Isidro de Madrid (1936-1943), por <i>María Luisa Carballo Dávila</i> ...	453

MEMORIAS Y RECUERDOS

Hojas sueltas de unas largas memorias, por <i>José Montero Alonso</i>	469
--	-----

UNA EMBAJADA RUSA EN LA CORTE DE CARLOS II

Por ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ

Las relaciones diplomáticas entre España y Rusia fueron extremadamente raras en fechas anteriores al siglo XVIII, y estos raros contactos han sido muy poco estudiados. C. Derjavin dio como *La primera embajada rusa en España*¹ la de 1667, pero Amada López de Meneses demostró que en 1525-1527 embajadores de Basilio III llegaron a España², si bien reconociendo que a quien buscaban no era al rey de España, sino al emperador alemán, que podía ayudar al moscovita contra los Jagellones, que por los asuntos polaco-lituanos eran enemigos de Rusia y por los húngaros de los Habsburgos. Mijail Alekséev, autor del más completo trabajo sobre las relaciones ruso-hispanas³, cita la embajada del príncipe Iván Zasekin, adelantándola a 1524, y añade que no fue probablemente la única de aquel siglo; pero nuestra información sobre este punto es sumamente pobre.

Felipe II trató de establecer contacto con Iván el Terrible; no se sabe que se cambiaran embajadas, y hay que llegar hasta la citada fecha de 1667 para que tengamos un relato detallado aunque poco accesible al lector español: el que realizó Piotr Ivánovich Potiomkin, enviado del zar Alejo⁴. Dos detalles demuestran el poquísimo conocimiento que en Moscú se tenía de las cosas de España: las cartas credenciales estaban dirigidas a Felipe IV, que había muerto en 1665; y la ruta elegida fue tan larga como inadecuada: el

¹ *Boletín de la Academia de la Historia*, tomo 96 (1930).

² *Primeras embajadas rusas que vinieron a España (1525-1527)*. («Erudición Ibero-Ultramarina», año V, pp. 370-377).

³ *Rusia y España*. Versión española del original ruso aparecido en 1940 (Madrid, 1975).

⁴ Según Alekséev (obra citada, nota 36) K.N. Derzhavin publicó el relato de su viaje por España y Francia en *La Russie du XVII siècle dans ses rapports avec l'Europe occidentale*. (París, 1885). Pero mientras el relato concerniente a Francia se halla comentado y anotado, la parte relativa a España carece de toda información suplementaria.

embajador embarcó en Arkangel y desembarcó en Cádiz, desde donde fue a Madrid, y de allí a Irún; por ello sugirió, tras su extenuante periplo, que tal viaje se hiciera en el futuro desde Riga a San Sebastián, con escala en Holanda.

Este parece que fue el camino que siguió el príncipe Dolgorúkov en 1687, a menos que atravesara Francia, como parece que hizo en 1672 Andrei Vinius, de cuya misión en Madrid no tenemos ningún detalle. Tampoco se ha ocupado nadie del viaje de Dolgorúkov; Mijail Alekséev se limita a mencionarlo. Por ello me parece de interés dar a conocer una relación de su estancia en Madrid de autor anónimo pero que tiene la ventaja de haber sido espectador de la visita del embajador o, por mejor decir, de los embajadores, pues la duración y riesgos de tal embajada con los medios de comunicación de aquel tiempo eran tan grandes que al embajador principal acompañaban dos sustitutos «con poderes de sustituirse el uno al otro en caso de fallecer por el camino alguno de ellos». Dicha relación está contenida en un volumen misceláneo, manuscrito, de la sección de Códices del Archivo Histórico Nacional de Madrid. Se refiere sólo a su estancia en la capital; no da detalles de las demás ciudades que atravesaron; lo que es indudable es que, siguiendo la recomendación de su predecesor, llegaron a Madrid por la carretera de Francia, pues dice que el mayordomo de semana y el conductor o introductor de embajadores salieron hasta Alcobendas a recibir la comitiva.

Esta era numerosa; además de los tres embajadores, formaban en su séquito treinta caballeros y cuarenta sirvientes. Los personajes principales fueron aposentados «en la casa que está señalada para hospedaje de los embajadores extraordinarios en la calle del Río», la cual fue amueblada y alhajada con lujo y riqueza; el resto del personal fue distribuido por otras casas próximas. No expresa el autor de la relación en qué invirtieron los visitantes desde el 5 de diciembre de 1687 en que llegaron a la Corte hasta el 11 en que se efectuó la recepción; sólo dice que «estuvieron muy regalados y visitados de los señores de la Corte». Seguramente la dilación se debió a que la resolución de los múltiples detalles de exorno y etiqueta que presentaba la exótica embajada no tenían rápida solución.

Por fin, ultimados todos los detalles, salieron los embajadores y su comitiva de su hospedaje, recorriendo un itinerario breve a través del viejo Madrid. Aunque la calle del Río (que aún existe y conserva su nombre) estaba cerquísima del Real Palacio, el acceso al mismo no era adecuado, a causa de estar ocupada su fachada norte por varios jardines y el convento de la Encarnación. Por ello, y también para que el paso de la comitiva tuviera público

lucimiento, se estableció un itinerario que daba un pequeño rodeo de varios centenares de metros, insuficiente para que la masa de curiosos pudiera contemplarla sin apreturas; por ello, tardó más de una hora en recorrer un semicírculo aproximado que empezaba en la calle del Río y «por la que sube del convento de D.^a María de Aragón a la plazuela de Santo Domingo» (o sea, la calle de Torija) seguía por dicha plazuela a la Costanilla de los Angeles, plazuela de Herradores, calle Mayor, Puerta de Guadalajara, Platería, San Salvador y Santa María a desembocar en la entrada principal del palacio.

La porción más extensa de la relación está consagrada a la descripción de las salas que atravesaron y las riquezas que encerraban; y aunque conocemos bastante bien, gracias a planos y descripciones coetáneas⁵, el antiguo alcázar de los Austrias, la descripción es, en algunos puntos tan minuciosa, que puede interesar a los especialistas en esta materia. Larga es también y detallada la que hace del atuendo del monarca, las joyas que adornaban sus vestiduras y la manera cómo se dispuso el Salón de los Espejos para esta función, a la que asistió gran número de personas, y también el autor de la relación. Produce estupefacción el relato de las maravillas del arte y de la naturaleza que encerraba aquel alcázar, desaparecidas, en gran parte en el incendio de 1734, y (en cuanto a las joyas) también por la rapacidad del rey intruso José Bonaparte.

Nada se dice en la relación sobre el contenido de los discursos que se cambiaron; es posible que, como en 1667, se limitara a las generalidades de rigor en estos casos y que hubiera después una «sesión de trabajo» en la que se abordaran temas concretos. Tal vez la exploración del fondo *Estado* de Simancas dé sobre este punto alguna luz. En todo caso, el motivo de la embajada habrá que buscarlo en las tendencias prooccidentales del general Vasily Galitzin, hombre fuerte durante la regencia de Sofía, la hermanastra del futuro Pedro el Grande. El acercamiento al Oeste del gran zar no fue una novedad, aunque ninguno de sus predecesores la practicase con tanta constancia y energía.

Muy agasajados y provistos de regalos, los embajadores, tras visitar los sitios reales, emprendieron el regreso a su lejana patria. Es singular que un hecho de tanto relieve y que en su día suscitó mucha curiosidad haya dejado tan poca huella en la literatura de la época. No existe o no se conserva la Gaceta de Madrid correspondiente al mes de diciembre de 1687; pero resulta

⁵ Lo esencial de la documentación y bibliografía sobre el alcázar madrileño está recogido en *L'art de cour dans l'Espagne de Philippe V*, de Yves Bottineau, pp. 220 y siguientes (Bordeaux, 1962).

extraño que ninguna de las *relaciones, nuevas, noticias* y otros papeles volantes de aquella fecha hablen de la embajada rusa; al menos, no he tenido la suerte de descubrir ningún ejemplar, a pesar de haber recorrido los fondos más conocidos y copiosos. La única referencia que he hallado se encuentra en un despacho del embajador de Baviera, que en fecha de 18 de diciembre escribía a su soberano:

«Ha llegado a esta Corte una embajada de Moscovia a la que S.M. dio audiencia el jueves último. Estaba en un trono elevado sobre varios escalones. Como se sabe que estos enviados no pueden traer muchos ni muy trascendentales negocios, se les ha notificado que sólo se les abonarán quince días de estancia a razón de 110 escudos diarios. Sus cartas credenciales contienen títulos superiores a los de otras embajadas venidas anteriormente, de lo que se deduce que deben ser estos principales señores de Moscovia»⁶.

El tono desdeñoso del diplomático está en relación con la escasa influencia que aun ejercía el Gran Ducado de Moscovia en la política internacional, vista desde Occidente. En cuanto a la limitación de gastos, puede haber sido una medida precautoria contra los muy crecidos que causó la embajada de 1667 en su dilatada estancia. Sin embargo, de la Relación se desprende que Carlos II, a pesar del lamentable estado de sus finanzas, mostró hacia los embajadores el rumbo y la liberalidad que eran tradicionales en la Corte española.

El profundo conocimiento que demuestra tener de esta Corte y el tono admirativo que emplea hacia las grandezas palatinas parecen indicar que su autor era un empleado palaciego de tipo medio. La ostentación de lujo en una época en que la Nación y el Estado se hallaban arruinados no deja de chocarnos hoy. Pero hay un detalle que tiene cierto sabor *popularista*; a pesar de los esfuerzos de la Guardia, gente del pueblo penetran hasta lo más íntimo del Real Palacio, ganosos de disfrutar del gratuito espectáculo.

Por este y otros detalles, y a pesar de sus redundancias y pésimo estilo, creo que la publicación (con pequeños cortes) de esta Relación interesará al lector.

Noticias verdaderas y visuales de la entrada que hizo en Madrid el embajador del Gran Duque de Moscovia. Ospedaje que se le hizo. Forma que se tuvo y acompañamiento que se le hizo para venir a dar su embajada al rey Nuestro Señor D. Carlos II de este nombre en los Reinos de España. Y el adorno que se puso en su real palacio para que el dicho embajador entrase en él a besar su real

⁶ Príncipe Adalberto de Baviera: *Documentos referentes a las postrimerías de la Casa de Austria en España* (Boletín de la Academia de la Historia, tomo 86, página 210).

mano, y a entregar en ella la carta de creencia que traía de su príncipe y señor. (A.H.N. Códices, 1497 B, folios 190-202).

Viernes 5 de Diciembre del año 1687, llegó a esta Villa y Corte de Madrid el príncipe Jacobo Teodoro Vichi del Gorucobo, primero y principal embajador del Gran Duque de Moscovia. Venía en su compañía un segundo embajador previniendo al tiempo de enviarlos lo dilatado del camino, la mudanza del clima, y lo principal de la poca seguridad en la vida, el qual se llamaba el príncipe Jacobo Yefime Vichi Miquescoy, y en tercer lugar venía otro, inferior a estos (aunque superior a todos los demás que venían) el qual se llamaba Diac Quirila Cancelario. En acompañamiento y autoridad de estos tres (que todos gozaban el título de embajadores, por haber venido con poderes de substituirse el uno al otro, por el orden dicho, en caso de fallecer en el camino alguno de ellos) venían otros treinta caballeros y nobles del dicho ducado, y hasta otros quarenta sirvientes de menos suposición (que en España llamamos criados de escalera avajo) de forma que serían en todo, los moscovitas que entraron en esta Corte, grandes, medianos y menores, setenta y tres. Ya S. M. sabía antes de este día por cartas de sus gobernadores y Virreyes de los Reynos, y provincias, por donde pasaban, como venían a esta Corte estos embajadores.

Sabido por S. M. el día en que habían de llegar a esta Corte, el día de su llegada mandó que los saliesen a recibir, en coches de S.M. hasta Alcobendas, su mayordomo de semana y don Carlos del Castillo (cavallero de muchas prendas, y por ellas benemérito de la ocupación que tiene, de conductor de embajadores) llegaron a esta Corte, y entraron en ella por la Puerta de Fuencarral, dende la qual los condujeron (con gran concurso de gente que por verlos tenía ocupadas las calles) a la casa de su posada, que es la que está señalada para ospedaje para los embajadores extraordinarios, en la calle del Río, que sus bentanas y balcones principales salen al Prado de Leganitos, frente de la fuente, aunque la puerta principal de la dicha casa está en la dicha calle del Río. La casa del dicho ospedaje estaba ya prevenida de ricas tapicerías, alfombras, cortinas, camas, sillas, bufetes, y braseros de plata, todo compuesto con la grandeza, y dezencia debida a las personas que se habían de ospedar y lo principal de obedecer, el mandato de S.M. que así lo había mandado al excelentísimo condestable de Castilla su mayordomo mayor, el qual mandó, y encargó la dicha disposición, y cuidado al de Don Felipe de Torres ayuda de cámara de S.M. gefe de su Real Tapicería, y casero de las casas, y ospedaje de los señores embajadores extraordinarios; el qual con su mucha curiosidad, y buen gusto que tiene en la elección de alhajas, y aplicación a ponerlas adonde a cada una, según su género, le toca, tenía la casa que parecía un palacio por lo rico, y un jardín en Primavera por lo hermoso. Además de esta casa estaban prevenidas otras en el mismo barrio, para ospedar en ellas al resto de la familia que no cabía con comodidad en la casa principal; y todas adornadas con la decencia, y limpieza, de alhajas respective a las personas que en ellas se habían de ospedar, por no ser todos de una jerarquía. Túvose gran prevención de pescados frescos y salados de todo género en cantidad y también de todo género de legumbres y frutas. Carnes, ni huevos no fue necesario prevenirlos, porque era adviento, el qual guardaron muy rigurosamente, abteniéndose de todo género de carnes, y huevos. Comienzan el adviento quando nosotros los cathólicos; pero ellos lo ayunan en la forma dicha, siete semanas, con que las fiestas de Navidades, y Reyes no las diferencian de los demas días, en quanto al mantenimiento.

Estubieron los dichos embajadores muy regalados y visitados de los señores de la Corte, y admitidos de su conductor y del dicho señor D. Felipe Torres.

Y para el cuidado y limpieza, y asistencia de la casa mandó el excelentísimo Sr. condestable mayordomo mayor que estubiesen continuamente en la casa un mozo de oficio de la Tapicería, y dos barrenderos de la casa de S.M. y otros criados, mudándose por turnos. En la conformidad dicha estubieron hasta el día Jueves once de Diciembre, día en que S.M. había mandado que todo estubiese prevenido con la grandeza debida a su Real persona; y también para que fueran los embajadores de tan gran príncipe (sigue una larga relación de sus títulos y posesiones).

Es tan poderoso este señor, que dice Paolo Jovio, que puede poner 150.000 hombres, a caballo, en campaña; y que el Duque Juan padre de Basilio, puso en campaña 100.000 hombres a caballo, contra los Tártaros. Otras muchas grandezas, y poder de este señor, se escriben en las historias, quien por menor las quisiere leer las hallará en las Repúblicas del mundo de Fr. Jerónimo Román, parte 1.º fol. 357, y en el tomo 1.º de las Atlas, o Teatro del Mundo de Juan Jansonio, folio 19.

Pasando a el daré noticias de la forma que se tuvo para que los embajadores fuesen al Real Palacio de S.M. a besarle su Real mano. Digo que dicho día Jueves 11 de Diciembre a las diez y media de la mañana se dispuso la salida y paseo de los dichos embajadores, en esta manera.

Dicho día desde por la mañana se habían llevado a la casa del ospedaje de los embajadores, todos los caballos de las caballerizas de S.M. sin exceptuar los de regalo, cada uno con su mozo que les llevaba del diestro; y estos vestidos con la librea de S.M. Estaban en la misma casa para el acompañamiento los caballeros gentileshombres de la Boca, Costillers, Acroes y caballerizos de S.M. y otros caballeros particulares de la Corte, y el Marqués de la Puebla Mayordomo Mayor de Semana de la casa de S.M. Después de estar todo dispuesto comenzó a salir el acompañamiento, dando principio a él D. Carlos del Castillo, conductor de embajadores, en un caballo ricamente enjaezado, luego le seguían los soldados de la Guardia Vieja Española de S.M. los cuales llevaban en las manos el Presente que los embajadores traían de su príncipe a S.M. el qual se componía de cantidad de Martas cebellinas, pieles enteras de diversos animales, y piezas de telas de la China de diferentes colores, pero más vistosas, que provechosas, por ser muy delgadas (estos hiban a pie). Seguíanse a éstos, a caballo, en horden, los criados de escaleras abajo de los embajadores, cada uno con un caballo de los nuestros que le hacía acompañamiento. Estos criados de escaleras abajo, su vestido era de ropas largas de paño, los unos morado, otros amarillo, colorado y verde, aforrados en una telilla de lana más delgada, pero colchados todos los Ropones. En la cabeza traían una gorra redonda del mismo género, y color que el Ropón, pero aforrada en pieles de diversos colores. Sus armas, Arco, y saeta en su carcax; y en el ceñidor (que le traían ceñido por debajo de la barriga) una Bayna con tres o quatro cuchillos, y en los pies botines de badana de colores, y argentados. A éstos se seguían los Moscovitas caballeros, Nobles, acompañados en la forma dicha; pero los vestidos, y los Ropones de estos heran de tela de seda de diferentes colores, y de lo mismo las gorras, y aforradas como esta dicho en los antecedentes. Sus armas de estos hera alfange corto encorbado (que ellos llaman cimitarra) y todos con cuchillos en el ceñidor. A éstos se seguía en medio un moscovita, que era el intérprete, en un caballo muy bien aderezado, su vestidura como los demás en quanto a la forma de ella; pero en lo demás de tela de oro muy rica, éste llevaba en la mano,

con una toalla carmesí, en alto, la carta de creencia, o embajada, y éste iba sin gorra, y sin que fuese nadie a su lado: después de él se seguía el sr. embajador, que digimos se llamaba Diac Quirila Cancelario, éste iba ricamente vestido de tela de oro, pero sin armas, más de tan solamente cuchillos en el ceñidor, a éste llevaba a su lado derecho un gentilhombre de la Boca de S.M. a éste se seguía el 2.º embajador, que digimos se llamaba el príncipe Jacobo Yefime Vichi Michescoy, éste llevaba una rica ropa de tela de oro de realze, gorra de lo mismo, con una joya redonda de perlas en ella; y desde el hombro derecho hasta la juntura de la ropa a la garganta llevaba un mazo de perlas, ensartadas juntas en forma de una media banda, bien ricas. El primero, y principal embajador, que dijimos se llamaba el príncipe Jacobo Feodoro Vichi de Gorucobo, iba el último al lado derecho del Marqués de la Puebla mayordomo de semana de S.M. Llevaba el embajador un Ropón largo de tela carmesí de oro muy rico, y con flores de oro realzadas en él y para la juntura del ropón hasta el cuello; traía una rica joya de oro hecha en forma de broche, y guarnecida de diamantes rosas clavados en engastería de plata, en la gorra que hera de la misma tela que el ropón, y aforrado en Martas cebellinas; traía una joya redonda de oro guarnecida de diamantes rosas del mismo género que los del dicho broche. Las armas heran un alfange corto encorvado con guarnición dorada, y cuchillo en el ceñidor. Seguíanse detrás del caballo del embajador algunos moscovitas quasi como lacayos, con mosquetes turcos al hombro, y alfanges, las vestiduras de ropas coloradas más cortas que las de los demás, y en la cabeza gorras altas, que parecían turbantes. Cerraba a todo los coches de S.M. (Dios le guarde) que desde que vinieron se los envió para su asistencia. Con el lucimiento y acompañamiento dicho salieron los embajadores de las casas de su hospedaje, tomando el camino para ir a Palacio por la calle que sube de D.ª María de Aragón a la plazuela de Santo Domingo, y por los ángeles abajo a la plazuela de los herradores, por donde salieron a la calle mayor, de allí por la puerta de Guadalupe, Platería, S. Salvador, y Santa María fueron a la plaza de palacio. A las onze de la mañana salieron los embajadores de su posada, y heran ya dadas las doce, y no habían llegado a palacio, por el mucho concurso de gente, y coches que había por las calles a verlos que embarazaban el paso para la continuación del paseo, y particularmente en la plaza de palacio, donde, para dejar paso abierto por donde pasasen, fue necesaria toda la diligencia de los soldados de las reales guardias. Dejemos ahora a los embajadores, y acompañamiento mientras se apean de los caballos, y suben la escalera de palacio, y admiran su fábrica; y en tanto digamos la forma del adorno, riqueza, y compostura de las piezas de palacio, por donde habían de pasar los embajadores, para llegar a la pieza por donde avían de besar la mano a S.M. y también el adorno de la misma pieza.

Dispuso, y mandó S.M. que la entrada de estos embajadores para besar su real mano, que fuese por la puerta principal, del salón grande dorado, que sale a los corredores, cerca de la puerta de la capilla. No le faltaban a S.M. las noticias de que quando vino, a 15 de Septiembre del año 1649 Amet Aga Mustafá, embajador del Gran Turco a besar la mano, y dar su embajada al rey nuestro señor D. Felipe 4.º (que está en el Cielo) y se le dio la entrada a la embajada por la puerta del cuerpo de guardia de los Archeros, y por las piezas de las consultas; audiencias, pieza del cubillo, galería pintada, y pieza obscura, y de ahí adelante por la galería de los grandes hasta el Gran Salon de los Espejos, que es adonde estaba S.M. y a la salida le condujeron por el Salón Grande dorado a los corredores, pero ahora; (como esta dicho) mandó S.M. que entrasen por el Salón

dorado; paréceme parecía por el mucho trecho que hay dende el dicho cuerpo de guardia hasta el salón de los Espejos, y también porque dende la pieza de la Audiencia hasta la galería pintada, las puertas que ay en las piezas de los intermedios no son vastantemente grandes para tanto concurso de gente. El Salón grande dorado es una de las más ricas, y hermosas piezas. que ay en la España. No es admirado como debía serlo, por lo frecuente que es a todos su vista. Su techumbre está labrada artesonada de realzes, y dorada, tiene de largo 165 pies, y de ancho 36 que hacen 5.940 pies superficiales. Este estaba colgado con las ricas colgaduras de quando el invicto señor Emperador Carlos 2.º fue a Africa a la toma de Túnez y la Goleta. De aquí pasando por la puerta que está a las pies del dicho Salón a la pieza que llaman obscuro; en esta se adornó, y colgó una cama de respeto, que siempre está en ella, con una colgadura de felpa verde guarnecida de alamares de oro de realze muy grandes, y las franjas de los extremos heran de oro muy anchas; y en el suelo, por la delantera y pies de la dicha cama, estaban tendidas ricas alfombras de la India. La Galería de los Grandes, la pieza de la Imagen y la Ochavada no tenían más adorno que el que continuamente tienen, porque qualquiera cosa que se le pusiera, por rica que fuera, quedara deslucida a vista de las ricas pinturas que en las dichas tres piezas ay, todas originales de los mayores pintores de Europa; y las que más sobresalen en número son las muchas que ay del Ticiano. El Salón que llaman de los espejos, que es el que se sigue a la pieza ochavada, que es donde S.M. (Dios le guarde) recibió a los embajadores, es una pieza muy grande y capaz, por quanto tiene 69 pies de largo y 38 de ancho, que hacen 2.622 pies superficiales; su techumbre está pintada de diferentes fábulas por mano de los dos más insignes varones que en toda Europa florecieron en Pintura en estos tiempos, D. Francisco Rici y D. Juan Carreño, ambos pintores de Cámara de S.M. y ayudas de su Real Furriera. El adorno que continuadamente tiene el dicho salón es el estar todas sus paredes cubiertas de grandes y grandiosas pinturas, en las cuales se goza la destreza del Ticiano, lo colorido y hermoso de Rubens, la colocación de las figuras de Velázquez y de otros muchos pintores excelentes.

Debajo de estas ricas pinturas, en las paredes de la cabeza y pies de la dicha pieza, están colgados ochos ricos y grandes espejos (de adonde tomó nombre la sala) con sus marcos de évano y guarnecidos con unas águilas imperiales con sus alas tendidas, hechas con grande arte de bronze, doradas de molido. Debajo de dichos espejos y en los intermedios de las ventanas que miran a la plaza de Palacio, ay seis bufetes de ocho pies de largo, y cinco de ancho, de pórfido, con un jarrón grande de lo mismo encima de cada uno de los dichos bufetes, a los cuales los sostienen los Leones grandes de cuerpo entero de bronze, dorados de molido, a cada uno, obra que en ella (por lo grande) se esmeró el Arte; en el medio de la dicha pieza está un bufete quadrado, y el planicie de el guarnecido de labores, y flores compuestas, y aplicadas de piedras de Agatas de las colores que requieren las flores que de ellas están compuestas (por cierto obra de grande primor y trabajo). El pie de dicho bufete es de évano, y caoba embutido en sus planicies de piedras de pórfido, y Agatas de diversos colores. Encima de dicho bufete está un reloj hecho en forma de una pirámide quadrada, de altura de tres varas con su peana, la qual es de évano, con guarnición de diferentes niños y ramos de bronze dorado de molido, sobre la qual está la pirámide, y en ella, y en la vasa el movimiento de dicho reloj, el qual señala, y da las horas, y quartos; en la misma perámide en los quadros planicies de ella señala el creciente, y menguante de la Luna, el flujo, y reflujó del Oceano, el nombre del Santo de cada día, la letra dominical, y la epacta y otras cosas todas de

mucho estudio, y curiosidad. Esto es lo que continuamente está puesto en la dicha pieza; y para esta función solamente se quitó de ella el reloj, que por estar en medio estorbava. Lo que se puso en ella para su mayor adorno, y grandeza, fue, levantar un Solio de seis gradas en alto, y con su planice en lo superior de él, suficiente para estar en el S. Mag. con su silla, y el bufete (que luego diremos) éste se puso en la cabeza de la pieza, delante de la puerta que de ella se comunica al quarto de la reina nuestra señora; encima de este Solio se levantava un dosel carmesí con realze de ilo de oro; pero el que fuese carmesí hera necesario toda la atención para el divisarlo, por lo rico de la guarnición con que está adornado. Tiene este rico dosel en medio las Armas Reales y todos los fondos de su techumbre y caída esta cubierta de perlas, puestas con tal Arte, composura, y unión, que todos los fondos de él gozan de la blancura de las perlas. Tiene sobre los dichos fondos de perlas, puestas a trechos, en todas las caídas, goteras, y frisos sobre las puertas, e interpoladas unas rosas de oro mazizo, unas de ellas guarnecidas de perlas más gruesas que las de los fondos del dosel, y en el medio de cada una de estas rosas un asiento de perla muy grande redondo de arca de a 16 y de a 10 kilates cada uno; otras rosas tiene, asimismo, de oro mazizo y guarnecida cada una con ocho diamantes, éstos labrados con tal Arte, que clavados juntos al tope (que es como están) hacen forma de una estrella, y cada rosa parece ser solo un diamante. Las demás rosas de oro mazizas con que están guarnecidos los medios de las flores, y las rosas del dicho dosel (que son muchas) y en ellas diamantes, rubíes, esmeraldas, y balaxes, todas piezas grandes, y de mucho valor por su grandeza, y perfección y particularmente en el cerco primero de la corona que está sobre las armas, ay, entre otros, tres diamantes labrados en forma triangular, que pasan de arca de a ocho quilates cada uno; y en el remate alto de la dicha corona, ay una perla de hechura, y tamaño de una cermeña; y en lo bajo de las dichas armas ay un diamante prolongado de arca cinco quilates. Encima del dicho solio estaba una silla debajo del dosel, la qual es de hechura antigua (que llaman de caderas) del mismo género, y guarnición que el dosel, por estar como está guarnecida, los fondos de perlas, y con engastería sobre puesta de oro mazizo, y en los engastes clavadas piedras en correspondencia de la del dosel, como son: diamantes, rubíes, esmeraldas, y balages, pero en el respaldo de dicha silla, está, en un engaste de oro, un rubí cabujón de tanta magnitud, y de tan perfecta color, que causa admiración a los que lo entienden; y a los que perfectamente lo entienden (que ay muchos) los hace estar dudosos de si es rubí perfecto o imperfecto, por el ayuda, o el todo que el Arte tiene, y sabe para hacer diferentes transmutaciones en lo visual, y aparente. Pero lo que más admira en la guarnición, y riqueza del dicho dosel, y silla, no es las muchas perlas que tiene, no los muchos, y grandes diamantes, y balages, que de todos estos géneros se hallan muchos, y de mayor y menor magnitud; pero lo que admira, es, los muchos, y grandes rubíes, que en el dicho dosel, y silla ay, por quanto es un género de piedra rica, que es muy abundante en pequeños; pero en rubíes grandes, es tan poco prodiga naturaleza en su creación, que se hallan muy pocos que sean grandes; y esta es la razon porque siendo el rubí grande, se le da mayor valor, que al diamante de la misma magnitud; sucede al contrario en los rubíes pequeños, por su mucha abundancia. Todo lo que aquí se ha dicho de lo grande de este dosel, y silla, es una muy mínima parte de lo que voy a decir, y es: que era del Grande, Invicto, Cathólico, y valiente defensor de Nuestra Fe el Señor D. Carlos, 2.º de este nombre en los Imperios de Alemania, y primero, del mismo nombre, en los Reynos de España; Padre del muy alto, y sabio señor, y rey nuestro D. Felipe II. Este Solio, y gra-

dería de él estaba cubierto de ricas alfombras de seda guarnecidas de oro de realze; y al lado de la rica silla se puso un bufete, con el plánice de piedras de Agatas de colores, y los pies de pórfido. A la derecha del Solio en que había de estar S.M. (en la misma pieza) está una puerta por la qual se entra a la Cámara de S.M. Esta se dejó abierta, y en ella, en forma de esquadra, se puso una celosía dorada que salía dentro de dicha pieza dos varas y media en quadro para que en aquel espacio estubiese la Reyna Nuestra Sra. con su Camarera mayor y señoras de onor y damas para ver a los embajadores y ceremonias que hacían para dar su embajada. Dende la postrera grada de dicho solio todo lo demás restante de la dicha pieza estaba alfombrado de ricas alfombras de la India, y dende el fin de los lados de la última grada corrían por ambos lados dos Bayas o divisiones, por medio de las cuales havian de entrar los embajadores con lo principal de su acompañamiento. Estas Bayas o divisiones, estaban cubiertas de paños ricos bordados de oro, y los fondos y campos de ellos guarnecidos de coral; mucho sentimiento me causó el que no se gozase su vista como merecía su riqueza, por ocasión de ser tanta la gente que concurrió a esta función, que arrimándose a ellos por ambos lados en ambos trechos estorbó el que lo visual careciese de tanta riqueza.

Pareciéndole ya a S.M. que todo estaba dispuesto para que entrasen los embajadores a darle su embajada y a besar su Real mano, fue servido de subir a su Real Solio. Antes de pasar adelante será bien decir el vestido, adorno y riqueza que tenía S.M. en su Real Persona. El vestido hera de felpa negra bordada, las mangas de raso bordadas de sedas de colores, formadas de matices en ellas diferentes flores, capa de paño; y en el vestido, faldillas, golpes de él, y de la capa votonadura de oro guarnecida de diamantes; la petrina, tiros, Evillas, y garabatos de oro guarnecidos de diamantes: espada con guarnición, puño, pomo, contera y garabato de oro todo guarnecido de diamantes: en el sombrero tenía un cintillo de tachones de oro, y en cada uno de ellos, en toda la circunferencia, un diamante fondo; y todos ellos de arca de a tres, y de a quatro quilates, excepto las tres piezas de la juntura del cintillo (que se llaman: cavo, evilla y pasador) que los diamantes de dichas tres piezas son de mayor magnitud que los de los tachones del cintillo. Por la parte de afuera del sombrero, en la buelta que hace el forro, al lado izquierdo de él tenía en un engaste de oro, el diamante grande, al qual, por serlo tanto, llaman el estanque, y pendiente de él la perla grande que llaman la peregrina. Es este diamante fondo quadrado perfecto caval de esquinas, con pavellón suficiente en altura para estar labrado en toda perfección, su color blanco con mucha diafanidad, su tamaño cinquenta y seis quilates, su valuación, así por ser único, como por su tamaño, y perfección, pasa de trescientos mil ducados de plata. La perla es de hechura, y tamaño de una perilla cermeña muy blanca, y con mucho oriente, haciendo a los visos de la claridad del Sol muchos girasoles de colores como el hiris, muestra de su mucha perfección; su tamaño es de quarenta y dos quilates de arca, y su peso treinta y un quilates; llámase la Peregrina, por no haverse hallado otra que la iguale, y por esta razón y por su tamaño y peso está apreciada en veinticinco mil ducados de plata.

Con este aparato y riqueza (grande para qualquier rey y monarca del Universo, y nada para el poder, grandeza, y riqueza del rey cathólico nuestro señor) el qual estaba en su Solio, dende el qual mandó, que se pusieren los grandes y señores y todos los demás que tienen entrada en Palacio, en el lugar que les tocaba, obedeciéndose luego, y propiciando el excelentísimo señor Condestable de Castilla tomó el lugar que le tocaba como a Mayor-domo Mayor de la Casa de S.M., el qual lugar fue al lado derecho de S.M. arrimado a

un bufete de pórvido que esta en el suelo de la pieza y estaba entre medias de la última grada vaja del Solio y de la celosía dorada que se puso para la Reyna Ntra. Sra. en lo tendido, a lo largo de la dicha pieza.

A la mano derecha, arrimados a las Bayas por la parte de adentro de la carrera del medio, se pusieron los Excmos. Srs. Grandes de España siguientes: El Excmo. Sr. Marqués de los Vélez, Superintendente de toda la Real Hacienda; el duque de Pastrana y del Infantado, Sumiller de Corps de S.M.; el duque de Alburquerque; el conde de Oñate, cavallero del Tusón de Oro, el duque de Camiña; el conde de Benavente; el duque de Linares; el duque de Medinasidonia; el duque de Montalto; el marqués de los Balbases, Cavallerizo Mayor de la Reyna Ntra. Sra.; el marqués de Torrecusa; el duque de Escalona; el conde de Peñaranda; el marqués de Villafranca, duque de Fernandina; el duque de Abrantes; el conde de Lemos; el marqués de Castel Rodrigo y el duque de Arcos y de Aveyro.

En el otro lado, que es el izquierdo del Solio de S.M. estaban Srs. Gentileshombres de S.M. sin exercicio, títulos y diferentes criados de suposición de la Real Casa de S.M. Dende el fin último de las dos Bayas o divisiones de la dicha pieza hasta la puerta de la misma que sale a la pieza ochavada mandó S.M. que se pusiesen en ala, en un lado y otro, los cavalleros Ayudas de Cámara para dar entrada por la Baya de enmedio a los que les tocase entrar por ella, y también para conducir o dejar entrar a los demás del acompañamiento y gente de suposición que vino entrometida en él, a que por detrás de las dos Bayas gozasen de la grandeza y novedad de la función.

Puesto todo en la forma dicha, mando S.M. que entrasen los embajadores, los quales entraron con la misma orden y forma que se ha dicho vinieron en el paseo. Entró el primero por las piezas dichas conduciendo a todos, por su oficio, D. Carlos del Castillo, el qual tomó el puesto de la mano derecha del último escalón del Solio de S.M. por la parte de abajo; junto a éste venía el secretario de lenguas, el qual tomó el puesto de junto a la grada baja del solio, a la mano izquierda; luego se siguieron los soldados de la Guardia de S.M. con el presente (que está dicho) en las manos, éstos entraron en la baya de en medio, y con el Presente en las manos se arrimaron a la baya de la mano derecha; más abajo de los señores Grandes, y antes de los cavalleros ayudas de cámara. Segufanse a éstos los moscovitas criados de los embajadores, de escalera abajo; a éstos, por entremedias de los cavalleros ayudas de cámara se les dio paso para que estuviesen en las dos bahías que había en los dos lados de en medio, por la parte de afuera de ella. A éstos se siguieron los moscovitas cavalleros, y nobles, que vinieron con los embajadores, éstos entraron por la baya de en medio, y haciendo una gran humillación a S.M. a su usanza, se pusieron por su orden arrimados a la baya de la mano hizquierda, frente de los señores Grandes. A éstos se seguía sólo el interprete con la carta de la creencia, o embajada en la mano en alto, el qual se puso en lugar superior a los otros moscovitas cavalleros a la mano hizquierda, junto al secretario de lenguas. A éstos segufan los tres embajadores a la par, el principal en medio, el que se sigue al lado derecho de S.M. (que es al lado de donde estaban los señores Grandes) y al otro lado, que es el hizquierdo de adonde estaban S.M. venía el último embajador (que es el cancelario). Trahialos a todos (y entró con ellos) a su mano derecha el señor Marqués de la Puebla mayordomo de S.M. y semanero aquella semana, el qual después de haver hecho la reverencia debida a S.M. se retiró detrás de los embajadores, los quales llegando a la última grada baja del solio de S.M. le hicieron la cortesía, y reverencia debida a tan gran Majestad, pero

ésta fue a su usanza, que es inclinar el cuerpo, y cruzados los brazos, a la qual S.M. respondió quitándose el sombrero, y mandándolos cubrir, los qual ellos no quisieron hacer, diciendo por el interprete (que es el que les dijo que mandaba S.M. que se cubriesen) que no se havian, ni debían cubrir, delante del Gran Señor; S.M. se cubrió, y en pie arrimado al bufete, y silla les oyó su embajada; habló primero el embajador principal en voz alta por mucho espacio de tiempo (pero no hablaré nada de lo que habló, porque no entendí palabra) lo qual el interprete declaró al Secretario de Lenguas, y éste a S.M. a quien S.M. respondió, y por la misma orden se le hizo sabidor al embajador de la respuesta que daba S.M. En las misma conformidad hablaron otros dos embajadores por su orden y fueron respondidos por S.M. Después de haber hablado todos tres volvió a hablar un poco rato el que trahía la carta de creencia, y la tomó de manos del interprete (que hasta entonces la había tenido en ellas) y subiendo las gradas del Solio la puso en las manos de S.M., el qual la recibió y puso en el bufete que estaba a su lado, y el embajador bajó las gradas sin volver la espalda a S.M. y tomó el lugar que antes tenía, y volvió a hablar con S.M. Paréceme que fue hacerle ofrecimiento del presente que trahían a S.M. de su Gran Duque, por razón que luego que acabó de hablar mandó S.M. (por su Secretario de Lenguas) que los soldados de las Guardas viejas españolas, que son los que, como está dicho, trahían en las manos el presente, que le pusiesen encima de la alfombra, en la última grada baja del Solio en que estaba S.M., los quales lo hicieron pasando por delante de los señores Grandes, y por el lado del segundo embajador. Haviendo pasado todo lo dicho, volvieron los embajadores, todos tres, a hablar a S.M.; me parece que fue a pedirle licencia para besarle su real mano, porque noticiádoselo a S.M. por su Secretario de Lenguas, y haviendo havido respuesta de S.M., el dicho Secretario se la participó al Interprete, y éste a los embajadores, los quales inmediatamente, cada uno de por sí, con su orden, subieron al Solio. Subió el primero el embajador hasta la penúltima grada, en que estaba S.M. y en ella le hizo una profunda reverencia, bajando el cuerpo y cruzando los brazos (pero sin arrodillarse) y le besó la mano, pero sin tomársela con la suya, como nosotros estilamos; y preguntándosele después que porque no havían tomado la mano a S.M. para besarsela? respondieron: Que a la mano del Gran Señor nadie havia de tocar con la suya. En esta conformidad, y por su orden, subieron los otros dos embajadores (que es de advertir que ninguno volvió la espalda a S.M. al tiempo de bajarse). Siguióse luego el Intérprete, y después de él todos los Moscovitas nobles, todos los quales, cada uno de por sí, subieron al Solio a besar la mano a S.M. y S.M. se estuvo en su Solio hasta tanto que el Conductor y Mayordomo de semana los sacó de la dicha pieza, y por las mismas que havían entrado los sacó con la misma orden a los corredores, juntamente con toda la demás gente y pueblo que havia entrado (que fue mucha) sin poderlo estorbar las Guardas de S.M. ni la autoridad de sus Mayordomos semaneros.

De los corredores del quarto del Rey Ntro. Sr. fueron los embajadores conducidos de su Conductor y del Marqués de la Puebla a los corredores del Quarto de la Reyna Ntra. Sra. Aquí los dejó el Marqués de la Puebla y se volvió al Quarto del Rey Ntro. Sr. Entraron los embajadores en el Quarto de la Reyna en la misma conformidad y orden que entraron en el Quarto del Rey, hiendo delante de su acompañamiento D. Carlos del Castillo, su Conductor, y al lado izquierdo de los embajadores el Mayordomo Semanero de la Reyna, que mientras, venía de la celosía en que estaba en el Quarto del Rey para ver en él a los embajadores y se sentó en su Solio para que le besaran su Real mano. Digamos

cómo estaba adornada la pieza o galería en que había de estar S.M. Y pues los embajadores, con todo el demás acompañamiento, están aguardando en el Antecámara a que se les avise que entren, digamos lo más breve y sucinto que ser pueda, como estaba adornada la pieza en que la Reyna Ntra. Sra. recibió a los embajadores.

La dicha pieza es una galería muy larga, cuyas ventanas de ella salen a la plaza del palacio. En la cabecera de esta galería que es la pared que está al lado del cuarto de Nuestro Sr. se levantó un solio de siete gradas en alto, arrimado, y debajo de un rico dosel de felpa carmesí bordado de realzes altos de oro; la silla, almohada, y alfombra que cubrió todo el solio, y gradas de él, hera todo correspondiente, y del mismo género, y riqueza del dosel. En cada esquina de las siete gradas, o escalones que tenía el solio, en la fachada de ambos lados estaba sobrepuesto, encima de la alfombra, un mascarón de plata maciza, fabricado en forma de esquadra. Todo el resto de la galería estaba alfombrado de ricas alfombras de Mecina, y las paredes colgadas de felpas carmesíes guarnecidas a trechos con franjas anchas de oro. Subida, y puesta S.M. en un solio, se puso a su lado después de la última grada de el solio, el Marqués de Astorga Mayordomo Mayor, y al otro lado en correspondencia la marquesa de Albuquerque camarera mayor de la reina Ntra. Sra. Seguíanse las señoras damas puestas en hilera a lo largo del Salón, las cuales fueron: Las señoras damas Doña Francisca Enríquez, hija del excelentísimo señor Marqués de Alcañices; la señora D. Josefa de Figueroa, hija de los señores Condes de los Arcos; la señora D. Catalina Pimentel, hija del señor Marqués de Povar; la señora D. Juana Rosolea de la Cueva, hija del excelentísimo señor conde de Albuquerque; la señora D. Mariana de la Cerda, la señora D.^a Josefa de Cardona, la señora D.^a Manuela de Alencastro, la señora D.^a María de Mendoza, la S.^a D.^a Josepha Croy, y la S.^a D.^a Francisca de Córdoba. Todas estas, señoras damas de la Reyna. La señora D.^a Laura de Castelví y la S.^a D.^a Rosa de Castelví, estas dos, señoras meninas de la Reyna. Seguíanse con la misma orden en hilera las S.^{as} de onor; la Sr.^a D.^a Laura de Alagón, la Sr.^a D.^a Beatriz de Córdoba, la Sr.^a Marquesa de Lorenzana, la S.^a D.^a Alejandra de Alzar, la S.^a D.^a Juana Azores, y la S.^a D.^a Manuela de Mendoza, la qual, como Guarda mayor ocupó el último lugar. Estando todo puesto en la forma dicha, el mayordomo de semana avisó al conductor, para que conduciere a los embajadores al dicho salón, los cuales hasta el dicho aviso habían estado en el antecámara. Entraron, y así vieron a S.M. en el solio le hicieron una gran reverencia; y de lado, sin bolver la espalda a S.M. hicieron la cortesía, en ambos lados, a las S.^{as} Damas, y S.^{as} de onor, todas las cuales S.^{as} les correspondieron con la misma cortesía: dende allí fueron caminando hasta la última grada baja del solio; y allí hicieron otra grande, y profunda reverencia a la Reyna N.^{ra} S.^a y desde allí la ablaron todos tres un breve rato cada uno de por sí; y habiendo (por el Intérprete) pedido licencia a S.M. para besarla su real mano, se la concedió, y luego subieron al solio, y se la besaron cada uno de por sí; y como hiban besando la mano, se bajaban del solio, sin bolber la espalda a S.M. y en lo bajo después de la postrera grada todos juntos (porque allí se aguardaron los unos a los otros) hicieron una gran reverencia a S.M. y de lado, sin bolver la espalda, se salieron del otro salón, haciendo por un lado y por el otro muchas cortesías a las S.^{as} damas, y S.^{as} de onor. Salidos del otro Salón, los acompañaron, su conductor, y mayordomos a la Reyna N.^{ra} S.^a y dende allí con el mismo acompañamiento fueron a besar la mano a la Reyna Madre N.^{ra} S.^a a su Real Palacio, que está frente de la Iglesia de S.^{ta} María de la Almudena. Mientras llegan, y se apean los embajadores, diremos brevemente la compostura onesta, grave, y rica (respecto

de su estado) que tenía el cuarto de la Reyna M.^a N.^a S.^a para que los embajadores entrasen a poner a sus pies y a besarla su Real mano. Dende la pieza que sirve de Ante Cámara en el cuarto de S.M. hasta el Salón en que recibió a los embajadores, y el mismo salón (que son quatro piezas muy grandes) estaba todo el suelo alfombrado de ricas alfombras, de colores blanco, negro, musco, y con sus doseles de terciopelo liso negro: en la última pieza (que es la que llamo salón) estaba lebandado un solio de cinco gradas el alto, todo él, y las gradas cubierto de terciopelo liso negro; y todo lo restante del suelo de dicho salón, cubierto de alfombras, como las que se han dicho que estaban en las piezas anteriores a esta: encima del solio estaba una silla, y dosel de terciopelo liso negro, y en todo lo restante de las paredes, y cortinas de la dicha pieza, estaba colgado de terciopelo liso negro; y todo guarnecido, por las junturas de los anchos de la seda, de franjas de oro. Supliquemos a la Reyna N.^a S.^a que se suba a su solio, porque ya los embajadores están aguardando en la antecámara. Subió S.M. a su solio y se sentó en su silla, y se puso en el lado, en la grada baja del solio el Excmo. Sr. Marqués de Manzera, su mayordomo mayor y al otro lado en correspondencia estaba la Sra. Marquesa de Lanzarote, continua de la Reyna N.^a S.^a y señora de onor más antigua, la qual ocupó aquel puesto por indisposición de la excelentísima señora marquesa de Valduesa, camarera mayor de S.M. Seguía en hilera desde el solio, por ambos lados del dilatado salón, las Sras. damas, y Sras. de onor, todas por orden, y fueron: la Sra. Estefanía de Velasco, Sr.^a D.^a Ana Carrillo, Sr.^a Isabel Arias, Sr.^a D. Isabel Rubín, Sr.^a D. Casilda Rivadeneyra, Sr.^a D.^a Teresa de Villela, Sr.^a D.^a Mariana de Cárdenas, Sr.^a D.^a María de Cárdenas, Sr.^a María Teresa Pardo, Sr.^a D.^a Costanza Barradas, Sr.^a D.^a Clara de Monroy, todas estas Sr.^{as} son damas de la Reyna N.^a S.^a Sr.^a. Señora D.^a Leonor Córdova, Sr.^a D.^a María Regalados, Sr.^a D.^a María Antonia de Mendoza: estas tres Sr.^{as} son Meninas de la Reyna N.^a S.^a Sr.^a seguíanse las de onor; las Sr.^{as} D.^{as} Elena de Gurrea, la Sr.^a Marquesa de Villagarcía, la Sr.^a D.^a María de Mendoza, la Sr.^a Marquesa de Maenza, y la Sr.^a marquesa de Llaneras, la qual como guardia mayor ocupó el último lugar. Puesto todo en la forma dicha se avisó al conductor para que entrasen los embajadores: Entraron, y haciendo las cortesías que está dicho, que hicieron quando entraron a besar la mano a la Reyna N.^a S.^a Sr.^a después de una breve plática que hicieron, pidieron licencia a S.M. (por el intérprete) para besarla su R. mano, y siéndoles concedida. subieron las gradas del solio cada uno de por sí, y besaron la mano a S.M. y sin bolber la espalda se bajaron del solio; y salieron del salón haciendo muchas cortesías, por el un lado, y por el otro, a las S.^{as} Damas, y a las S.^{as} de onor. Afuera del dicho salón estaban aguardando a los embajadores los mayordomos de semana de la Reyna N.^a S.^a los quales los acompañaron hasta que tomaron (los embajadores, y toda su familia de suposición) los coches que por mandado del Rey N.^o S.^o estaban prevenidos para conducirlos a su posada. Feneciose esta función a las tres dadas de la tarde. Llegados a su posada se les tuvo prevenido un obstentoso, y pródigo combite, en que se esmeró toda la diligencia posible, en buscar los manjares mas extrahordinarios, y regalados que en el tiempo se pudieron hallar. Comieron con los embajadores: Don Carlos del Castillo, su conductor: D.^o Felipe de Torres, casero de su ospedaje y otros cavalleros y criados de la Real Casa; diose fin a este día con el dicho combite; y el siguiente se previno todo lo necesario, para que al otro día fuesen los embajadores a ver la grandeza del Escorial; y habiendo estado en el muy agasajados de su Prior, y religiosos; y admirados de la grandeza, y magnificencia de aquella octava maravilla, se bolvieron a esta

Corte; dende la qual fueron llevados a ver el deleitoso y ameno sitio de Aranjuez; y de allí al palacio, y sitio del Pardo; y volvieron a la Corte llenos de agasajos y de admiraciones. Ya que estuvieron los embajadores descansados del camino que habían hecho, para ver y gozar de las casas R. dichas, se les previno, y señaló día para que fuesen a ver, y gozar de la casa R. Palacio, y sitio del Buen Retiro; el qual dicho sitio, y palacio, aunque está extramuros de Madrid, es en tan poca distancia, que sólo se cuentan trescientos y veinte y seis pasos dende las postreras casas de Madrid, hasta las paredes de su circumbalación. En este R. Palacio se ha juntado todo aquello que por Arte se puede juntar, para recreación, y comodidad de la Naturaleza, porque el Palacio, y oficinas de él, es, capaz habitación porque divididas las tres personas y sus oficios, aviten en él: Tiene seis tribunas a la Iglesia del Monasterio del Glorioso padre San Jerónimo, donde desde su coro están continuamente sus monges alabando a Ntr.º S.º y a su exemplo Sus Magestades y Real Familia, desde sus tribunas hacen lo mismo.

Por dentro del mismo Retiro se van Sus Magestades y tienen tribuna a la capilla de la muy antigua, y milagrosa imagen de Nr.ª Sr.ª de Atocha, Nr.ª gran Patrona de Madrid, adonde van Sus Magestades todos los Sábados del año, a pedir socorro, y amparo en sus necesidades a esta divina, y celestial Señora: esto es en quanto a lo espiritual: En quanto a lo temporal, tiene el dicho palacio por sí, independiente de otro alguno (sino de la voluntad de S.M.) todos los adornos necesarios para su compostura, así para Invierno, como para Verano; como son muchas y ricas tapicerías, alfombras, camas, doseles, y todo género de cortinas de colores para los dichos tiempos: tiene ricos braseros de plata maziza, y de ébano, y plata: biombos de la China, y del Japón, muy ricos, gran número de pinturas en sus galerías, y salones, todas de mano de los pintores más insignes de Europa: ay con junto al dicho palacio un Coliseo para comedias; pieza muy hermosa y capaz de caber en ella (con comodidad) más de dos mil almas; y con sus balcones dorados, en los quales Sus Magestades, Familia Superior, y señores, ven las comedias: ay otra pieza larga, que sirve para juego de pelota; y otra menor que sirve para juego de raqueta; y a todas estas piezas tiene mirador S.M. por dentro de su R. Palacio: y fuera del ay muchos, y grandes jardines, adornados de extraordinarias flores que parecen una alfombra matizada de diferentes colores: bosque para caza mayor y menor: grandiosos, y profundos estanques, con suficiente pesca para la diversión; y con barcos y góndolas para recreación en ellos: vestidos preciosos de tela de oro, plata, y seda de colores, para las góndolas. y marineros: tiene muchos y grandes planteles, con muchas, y diversas frutas de todo género, y muy extraordinarias: y tres plazas cada una de ellas capaz para poderse correr, y hacer fiestas de toros, y correr cañas, como en muchas ocasiones se hán corrido. Esto dicho brevemente, és de lo que esta adornado el Real Palacio del Buen Retiro.

Nuestros embajadores, después de haver visto una ostentosa comedia en el Coliseo del dicho Real Palacio se volvieron a su posada muy contentos, y regalados; y habiendo tenido la respuesta del Rey nuestro señor para su Gran Duque, y ricas joyas y alhajas que le embió de presente Su Magestad, se fueron de esta Corte; haviéndoles dado Su Magestad a cada uno de los embajadores, una rica joya de oro, y diamantes. Fueron ospedados, y haciéndoles todo el gasto necesario hasta la embarcación, criados de la Real Casa, que para ello fueron elegidos.